

A close-up, black and white portrait of an elderly woman with short, curly hair, looking directly at the camera with a neutral expression. The lighting is soft, highlighting her facial features.

1

COLECCIÓN
100 AÑOS
DE SU
NATALICIO

JULIETA PINTO

Si se oyera el silencio

The logo for Editorial UCR, featuring three horizontal lines above the text "EDITORIAL UCR".

EDITORIAL
UCR

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

JULIETA
PINTO

Si se oyera el silencio


EDITORIAL
UCR
2021



CR863.44

P659s Pinto González, Julieta, 1921-

Si se oyera el silencio / Julieta Pinto. – Primera edición. –
San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.
xxxii, 63 páginas. – (Colección 100 años de su natalicio ; 1)

ISBN 978-9968-02-008-4

1. CUENTOS COSTARRICENSES. 2. LITERATURA
COSTARRICENSE. 3. PINTO GONZÁLEZ, JULIETA, 1921-
– CRÍTICA, INTERPRETACIÓN, ETC. I. Título. II. Serie.

CIP/3720

CC.SIBDI.UCR

En esta edición se respeta la ortografía de la época y el estilo de la autora.

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
pertenciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A., Gabriela Fonseca A. y Jessica López V.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Diseño y diagramación: *Priscila Coto M.*
Fotografía de portada: *Julieta Pinto G.* • Control de calidad: *Raquel Fernández C. y Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2021.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

ix	Prólogo Gabriela Fonseca Argüello Editora, EUCR
xi	Julieta entrañable y cotidiana Emilia Macaya Trejos
xix	Julieta Pinto: en la memoria de una nación José León Sánchez
xxv	Estudio introductorio Julieta y su resistencia al silencio Karen Calvo Díaz

1	Si se oyera el silencio
3	El pino de la calle de enfrente
11	Adentro
19	Amiga querida
28	Presagios
32	Huida
37	Simetría
42	La última página
47	La vieja casona
52	Desde una ventana
55	Espejismo
60	Carta sin dirección
63	Acerca de la autora

SI SE OYERA
EL SILENCIO

El pino de la calle de enfrente

—Quiero divorciarme.

Las palabras recorrieron el espacio que las separaba de mi oído y lucharon por alcanzar la comprensión.

Las recibí, pero no acepté el significado.

—¿Qué dices? —pregunté con voz tranquila, mientras acomodaba en el florero los claveles que tenía en la mano.

* * *

—La operación ha sido un éxito —dijo el doctor—. Unos meses más y no hubiéramos podido salvarla.

Salí del hospital sintiéndome vacía. Las posibilidades de concebir un hijo quedaron sepultadas en el bisturí y en las manos eficientes de las enfermeras.

Siguieron meses de gran depresión. La angustia crecía al no encontrar salida. Sólo el sueño logrado con pastillas soporíferas me calmaba. Amanecía cansada. Sin voluntad para enfrentarme a la realidad, muchas

veces pensé por qué había acudido al doctor, por qué no había esperado que pasaran unos meses más...

Por esos días fui invitada a una cena. No acepté. La dueña de la casa me rogó que asistiera por unos minutos:

—Vendrá un cliente de mi marido y sólo tú podrás entretenerlo. Te lo pido como un favor muy especial.

No pude negarme y esa noche me puse el vestido lila claro. Sabía que la palidez y las ojeras me daban un aire interesante, y las acentué sin usar lápiz de labios.

Lo vi en una esquina del salón entretenido en la contemplación de un cuadro. Alto, delgado, no podía tener más de treinta años, cinco menos que yo.

Fue fácil iniciar la conversación. Gustos parecidos en libros, música y pintura que nos entretuvieron tanto que no nos dimos cuenta de la ausencia de los otros invitados.

La señora de la casa se acercó.

—Mildred, cómo me alegro de que estén contentos —y en voz más baja—. Lo tienes hipnotizado, no tiene ojos más que para ti.

Me sonrojé y lo volví a ver. La barbilla prominente le daba una fuerza en equilibrio con el brillo de los ojos. Las manos delgadas y blancas contrastaban con el cuerpo atlético.

Me levanté para despedirme y su cara se ensombreció.

—¿Tan pronto?

Reí nerviosa y le dije que sólo él y yo quedábamos en el salón. Se puso en pie con una expresión de niño sorprendido en falta, que lo hacía parecer más joven. Me pidió que le permitiera acompañarme.

Un aire tibio corría a pesar de ser ya las primeras horas del nuevo día. Sin luna ni nubes, las estrellas se multiplicaban. Por un momento creí que el cielo era plateado y la parte oscura, pequeñas manchas intrusas.

Mi casa estaba a cinco cuadras de distancia y preferimos caminar. Era necesaria una tregua de silencio para valorar el desbordamiento anterior de palabras.

Llegamos a mi casa sin haber sentido transcurrir el tiempo. Saqué la llave, desilusionada por no haberla perdido.

—¿A qué hora la veo mañana?

Me llegaron las palabras como una luz que disipó lo oscuro que me iba envolviendo.

—Salgo a las cinco del trabajo —dije con tono descuidado.

Paso a las cinco y cuarto.

La última palabra se perdió en mis labios. Me había tomado por los hombros y me besaba. Respondí inconscientemente y luego, al final de la escalera, me detuve para aquietar el corazón. De pie, su figura oscura se confundía con la noche. Me hizo una señal amistosa con la mano y partió.

¡Y yo sola para enfrentarme a las sombras de mi cuarto! Sabía que estaban agazapadas en cualquier lugar, listas para saltarme encima tan pronto como apagara la luz. Listas para devorar hasta la última gota de felicidad, de ilusión, que penetrara en mi vida. Pensé engañarlas y bloquear mis pensamientos. No podía permitir que Walter se introdujera en el cuarto. Se contaminaría de esa atmósfera viciada.

Encendí la luz, y mis ideas se concentraron en el trabajo del día siguiente. Debía enviar una carta a la compañía de aviación solicitándole un descuento en el pasaje, para trasladar a Pablito a casa de sus padres. ¡Pablito! Hacía tres meses que lo cuidaba mañana y tarde y le había cobrado un gran afecto.

Estaba segura de que al día siguiente de su partida llegaría directamente a las barandas blancas y tendría que hacer un gran esfuerzo para separarme de su cama vacía.

Apagué la luz y las sábanas me acariciaron con un frío estimulante. Seguí pensando en el niño. Tendría que escribirle a la madre recomendándole que tuviera mucho cuidado con la alimentación. La enfermedad había sido muy grave y su hijo quedaría débil mucho tiempo. ¡Su hijo! ¿Por qué había dicho semejante palabra? Los pensamientos saltaron el dique impuesto y se desbordaron. ¡Tendría que decírselo a Walter! No. Sería mejor no volver a verle. Mañana no respondería al llamado insistente del timbre. ¡Pero, qué tonta era! Walter se iría pronto. Entre nosotros no había más que un encuentro casual, que duraría pocos días.

Sentí las sábanas pegajosas y calientes. Las sombras se habían apoderado de Walter. Con una pequeña excusa abrieron la puerta y lo invitaron a entrar. Lo había creído seguro en el exterior; supuse que permanecería en la luz hasta el día siguiente. Ahora lo sentía revolverse en mi mente, sus palabras tornaban una y otra vez, sus labios calientes se unían a los míos, y las sombras danzaban de alegría por haberlo encontrado. Sepulté la cabeza en la almohada para que no se oyeran los sollozos. No sé cómo llegó el sueño.

Lo vi al día siguiente y al otro y al otro... Las mañanas eran claras y la luz disipaba los pensamientos ponzoñosos. A las cinco de la tarde, Walter a mi lado era una constante fuente de alegría, y en las noches las sombras se mantenían a distancia con una dosis fuerte de narcótico. Yo sabía que lo quería, que representaba aquella claridad tan ardientemente esperada. Y quererlo, era la compensación a mi niñez triste, a la falta de afectos familiares, a la amargura de una adolescencia en soledad. Mientras mis sentimientos no anclaran, mientras un brazo fuerte no timoneara mi alma, seguiría buscando con angustia.

El día que me pidió que nos casáramos, lo miré sin comprender. Sus labios me hicieron entrar en calor y mi sangre se aceleró. Apoyada en el amor tuve fuerzas para contarle la operación que había sufrido, y las sombras cayeron muertas a mis pies cuando sus palabras me inundaron:

—Tú y yo no necesitamos hijos; nos bastamos uno al otro.

Esa noche no tomé pastillas. Apagué la luz para que las sombras aparecieran. Esperé tranquilamente, porque sabía que no volverían. Me dormí sonriendo al sentir el aire que discurría por el cuarto sin chocar contra nada.

Con Walter a mi lado, no volví a pensar en las sombras. Desapareció su recuerdo como desaparecieron mi niñez y mis días de búsqueda. El cuarto estaba siempre alegre; la oscuridad se volvió cómplice de nuestra pasión, y en las tardes con lluvia la invocaba para que me trajera pronto a Walter.

Conseguimos un apartamento pequeño. Pasaba las horas pensando en la colocación de un mueble, el color de un tapiz, el juego de luz en las cortinas y el sillón de mi marido. Todos los días lo recibía con las pantuflas en la mano. Aprendí recetas nuevas, condimentos raros y una sonrisa de aprobación me compensaba de mi dedo quemado, de la taza quebrada...

Si veía a Walter pensativo, un salto extraño, como de pájaro herido, me golpeaba un segundo. Corría a acariciarle la cabeza, a traerle un libro y ante su sonrisa, el salto desaparecía como si el pájaro echara a volar.

Hubo momentos en que las sombras intentaban levantar las cabezas por encima de sus cuerpos destrozados. Los sábados teníamos siempre una reunión en nuestro apartamento. Era siempre el mismo grupo, y yo no tenía amistad con las mujeres. Unas casadas, otras solteras. Todas de una agresividad sexual incomprensible para mí. Necesitaban afirmar su poder de atracción. Walter les seguía el juego, y si yo le recriminaba algo luego, se reía.

—¿Cómo quieres que rehúya un juego así? Es cobardía de parte de cualquier hombre.

Sus brazos me apretaban más fuertemente y mis pensamientos se nublaban.

Clara era la más agresiva. Se instalaba al lado de mi marido desde que llegaba, con el escote a la altura de sus ojos. Sin necesidad se agachaba por cualquier cosa y yo me ruborizaba al ver sus pechos desnudos.

—Buena nodriza sería Clara —dijo Walter sonriéndose una noche.

Yo sentí que resbalaba sin encontrar apoyo. ¡Nodriza! ¿Es que la idea del hijo iba a atormentarme otra vez? Un hijo suyo con sus ojos oscuros y su barbilla acentuada. Contemplé mi vientre estéril y lo sentí vacío. Mi figura grácil me pareció falta de vida. ¿De qué servía mi belleza si no podía albergar un hijo? ¿De qué mis pechos firmes si no se colmarían de leche?

Era como el pino de la calle de enfrente: tenía que pedirle al invierno la nieve para hacerse la ilusión de que había florecido.

—Es una buena muchacha, pero ha tenido mala suerte. Se divorció muy joven y ahora un hogar estable —sus palabras continuaban.

—¿Qué edad tiene? —mi voz era seca.

—Solamente veinticinco años —me contestó conmovido.

Y Clara siguió llegando a nuestro apartamento casi todos los días. Necesito preguntarle a Walter una cosa sobre un libro que estoy leyendo; es tan inteligente que me disipa todas las dudas.

—Mildred, ¿puedes darme la receta de aquella carne tan sabrosa que nos serviste el sábado pasado?

Y su figura insinuante permaneció gran parte de la noche interponiéndose entre mi marido y yo.

Le dije algo a Walter, pero me contestó impaciente:

—Está muy sola la pobre, necesita ayuda y compañía.

Un día, un caso grave me retuvo en el hospital más horas de lo acostumbrado. Los niños enfermos me hacían sentirme madre, pero ninguno era mío. Cuando regresé a casa, los ojos de Clara brillaban con una luz de desafío. Walter estaba pensativo y olvidó besarme.

Poco a poco, el cuarto comenzó a poblarse de sombras. Resucitadas, me parecieron más fuertes y voluminosas. Aparecían cuando Walter no estaba. En esos días, el trabajo le ocupaba la mayor parte de las noches. Intenté decirle que me permitiera acompañarlo. Prefería pasar la noche acurrucada en un sillón a su lado, que en la soledad de mi cuarto.

—Es el colmo que no pueda estar nunca solo —me respondió de mal humor.

Una bofetada no me hubiera causado tanto ardor en las mejillas. Retrocedí. Por primera vez me di cuenta del cambio que no deseaba ver. Hosco, malhumorado, hacía días olvidaba besarme y las noches en que su cuerpo tibio reposaba a mi lado, no hacía el menor intento por acercarse.

Salió dando un portazo. Eran sólo las cuatro de la tarde y creí ver otra vez las sombras agazapadas detrás de las cortinas...

* * *

Coloqué el último clavel en el florero y me senté en una silla.

—¿Qué dices? —repetí. Estaba pálido y se le notaba un cansancio que casi me hizo levantarme y pasarle la mano por la cabeza. Tantas veces había acariciado esos cabellos negros, que sentía derecho de propiedad sobre ellos.

Apreté mis manos una contra la otra y permanecí sentada. Hizo un esfuerzo para hablar.

—Mildred, eres la mujer más buena que he conocido y mereces que te quieran. Yo no sé qué me pasa. Hace días, el tedio, como una enfermedad contagiosa, me ha invadido. Necesito cambio, movimiento, acción.

Siento que me he estancado, que mi pensamiento no es tan claro como antes. Y tú fomentas esos hábitos de quietud y complacencia. Tu cariño me ata, me rodea, no me permite disponer de la libertad que necesito para vivir.

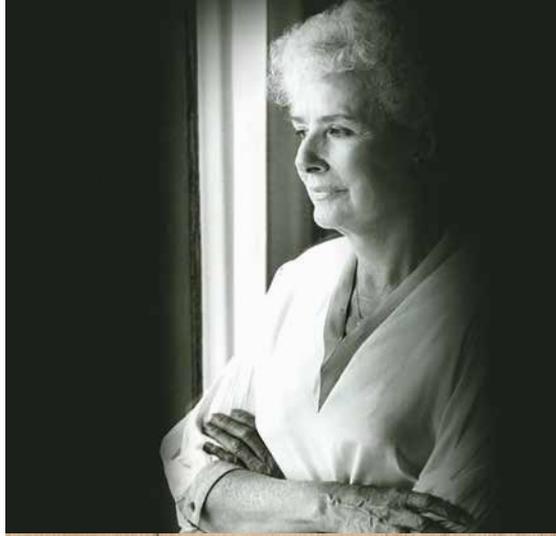
Hizo una pausa breve.

—Con Clara tengo una relación diferente. No exige nada y a su lado me siento libre. Además... vamos a tener un hijo.

Siguió hablando, pero yo no escuchaba. ¡Un hijo! La palabra esperada se hizo real en ese momento. Formó una barrera, e impidió el paso al resto de la conversación.

El cuarto se fue llenando de sombras. Salían de las cortinas, de debajo de la mesa, del sofá, del lugar que ocupaba Walter, de la misma silla en donde yo estaba sentada. Ya no cabían en la habitación y continuaban llegando. Estaban tan juntas que parecían una sola sombra que se adhería a las paredes, a los muebles, a mi cuerpo...

Y cuando la puerta se abrió, no pude saber quién salía.



JULIETA PINTO

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

Si se oyera el silencio es una breve colección de cuentos, cuyos personajes –escuchados desde su profunda intimidad– son jóvenes, buscadores de ilusiones: muchas amorosas, que el tiempo se encargará de diluir. Muestra también posibles escenarios para una mujer de mitad de siglo XX, quien independientemente de dónde se ubica, con quién trace vínculo o cuáles sean sus verdaderos intereses, siempre termina asumiéndose con alguna fórmula: sea esposa o madre, amiga o solterona, abortista o estéril.


EDITORIAL
UCR


BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

ISBN 978-9968-02-008-4



9 789968 020084

A close-up, black and white portrait of an elderly woman with short, curly hair, looking directly at the camera with a neutral expression. The lighting is soft, highlighting her facial features.

2

COLECCIÓN
100 AÑOS
DE SU
NATALICIO

JULIETA PINTO

La estación
que sigue al verano


EDITORIAL
UCR

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

JULIETA PINTO

**La estación
que sigue al verano**


EDITORIAL
UCR
2021



CR863.44

P659e Pinto González, Julieta, 1921-

La estación que sigue al verano / Julieta Pinto. – Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.

xxxvii, 135 páginas. – (Colección 100 años de su natalicio ; 2)

ISBN 978-9968-02-009-1

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. 3. PINTO GONZÁLEZ, JULIETA, 1921- – CRÍTICA, INTERPRETACIÓN, ETC. I. Título. II. Serie.

CIP/3721

CC.SIBDI.UCR

En esta edición se respeta la ortografía de la época y el estilo de la autora.

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A., Gabriela Fonseca A. y Jessica López V.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Diseño y diagramación: *Priscila Coto M.*
Fotografía de portada: *Julieta Pinto G.* • Control de calidad: *Raquel Fernández C. y Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2021.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

ix	Prólogo Gabriela Fonseca Argüello Editora, EUCR
xi	Julieta entrañable y cotidiana Emilia Macaya Trejos
xix	Julieta Pinto: en la memoria de una nación José León Sánchez
xxv	Estudio introductorio Exponer las capas de la desigualdad hasta llegar al epicentro: las mujeres en riesgo de vulnerabilidad social Verónica Ríos Quesada
1	La estación que sigue al verano
135	Acerca de la autora

LA ESTACIÓN
QUE SIGUE
AL VERANO

*Es característico de toda cultura la construcción
de un mundo artificial, hecho por el hombre,
que se sobrepone al mundo natural en que el hombre vive.*

*Pero el hombre solo puede realizarse a sí mismo
si está en contacto con los hechos fundamentales de su existencia,
si puede experimentar la exaltación del amor y de la solidaridad
lo mismo que el hecho trágico de su soledad
y del carácter fragmentario de su existencia.*

Erich Fromm

Sintió el peso del oro y las perlas. Desprendió los aretes. Por un instante se creyó más liviana y echó la cabeza hacia atrás, con arrogancia.

Había amado tanto las joyas, que algunas tardes de lluvia, abría su pequeño baúl y jugaba con su contenido, como una niña con piedras de colores. Se complacía en comparar el brillo fuerte de la esmeralda con el débil del aguamarina; el lila de las amatistas con el de las alejandrinas que variaban su tono con el día. En una fiesta la piedra perdía el color en los momentos en que ella no era el centro de atención, como si el mal tiempo hubiera regresado. Procuraba ignorar aquella pequeña caja de terciopelo rojo que su marido le había obsequiado el día que fue dueño de la compañía. Al abrirla, descubrió una gota de sangre coagulada en el fondo blanco y su sonrisa había desaparecido: sintió el disgusto que le producía una herida abierta. “Quiero verte sólo con él”. La voz la estremeció. Tenía que ser mala suerte esa gota de sangre cerca de su corazón, el brillo insolente entre la blancura de su pecho la cadena de dueñas envejecidas que habían tocado sus aristas perfectas y ahora sentiría en su piel. Esa noche la luz roja había enfriado su desnudez transformando su cuerpo en piedra, más insensible que la joya misma.

Se quitó el collar de perlas y la sortija. Era curiosa esa sensación de peso que últimamente le producían las joyas, como si fueran enemigas. Su piel de tono amarillo, no podía competir con el blanco y rosado de las perlas; la causa eran los cincuenta y cinco años que había cumplido hacía algunos meses y que procuraba ignorar. La memoria olvida el año en que se nace, o simplemente se imagina que se equivocaron en la fe del bautismo; ¿qué obligación

se tiene de recordar una época tan lejana, sobre todo unos primeros años en que todavía no se es? La edad debería comenzar en el momento en que se adquiere la noción del tiempo, sería más justa y menos complicada.

* * *

Tomó una crema suave entre los dedos y la extendió cuidadosamente por la cara y el cuello, sin olvidar los párpados. La quitó con un kleenex y mojado un algodón en un líquido transparente lo aplicó a la cara con golpecitos rítmicos. De uno de los frascos rosados tomó otra crema, de olor astringente, y la colocó suavemente alrededor de la boca, entre las cejas y en el borde de los ojos. Las pestañas se destacaban, negras en la palidez de la cara. Tomó un cepillo pequeño e iba a quitar la parte oscura cuando tropezó con sus ojos reflejados en el espejo. Los vio agrandarse como si se hubieran transformado en dos túneles inmensos que la invitaban a bajar. Sintió que al atraerla la conducían a una serie de círculos vertiginosos que se habían formado en la superficie. Se redujeron de nuevo, hasta quedar en un solo punto central. Un punto frío, desolado, que le comunicaba su lejanía, esa sensación que había experimentado todo el tiempo que duró la fiesta y que no pudo hacer desaparecer ni con unas copas de licor. Era una sensación de abandono, como si la gente ignorara su belleza, su vestido nuevo, sus joyas; como si fuera aquella anciana gorda que sola en un rincón engullía vorazmente pastel tras pastel. Había caminado de un grupo hacia otro grupo para ver si la sensación se evaporaba, pero no captó las miradas admirativas a las que estaba acostumbrada. “Te noto un poco pálida” le había dicho la dueña de la casa y entonces subió al tocador a ponerse un poco de color en las mejillas. Regresó al grupo y habló animadamente para ver si sus palabras levantaban ese, no sabía explicar qué, que su presencia no podía despertar. Su voz, demasiado alta, no logró lo que deseaba y agradeció al marido cuando le dijo que se despidieran.

Con un esfuerzo retiró los ojos del espejo y se reintegró al tocador, a los potes de crema, al cofre lleno de joyas, al cuarto de cortinas espesas y cama doble, y a la sensación fresca de las sábanas de lino cuando al fin se introdujo en ellas.

* * *

Sus ojos se detuvieron un instante en la figura que reflejaba el espejo del baño. Los retiró con impaciencia, colérico de haber captado un rostro pálido, cansado, y con dos largas arrugas en su cara.

Los espejos eran absurdos: reflejaban instantes de descuido, un cuerpo encorvado, una cara preocupada por el trabajo del día. En las noches deberían velarlos con mantos negros para que no se atrevieran a formar imágenes falsas de los que pasaban frente a ellos. Su esposa tenía la costumbre de colocar espejos en todas partes. Siempre se sorprendía al abrir la puerta de la casa y tropezar con aquella cara adusta, marcada por preocupaciones que se reflejaban en el ceño contraído y en el rictus apretado de sus labios. Tardaba unos segundos en darse cuenta de que era su propio reflejo y se apresuraba a distender las facciones. Al hacerlo se marcaban aquellas líneas verticales que lo ponían de malhumor. Casi nunca resistía la tentación de mirarse en los espejos de la sala. Al hablar, sus facciones se rejuvenecían y creía ser el hombre que se reflejara en ellos por primera vez. Era agradable atisbar un gesto, un movimiento de cabeza, una sonrisa que recordara aquellos tiempos. En el dormitorio, el espejo del tocador era tan grande que ocupaba casi toda la pared y al caminar tropezaba con sus movimientos repetidos, la mueca de disgusto, la cara soñolienta al levantarse y los pasos torpes que lo conducían al cuarto de baño. Se sentía perseguido por esa imagen que estaba tan unida a él como la figura de su esposa, con sus gestos tan conocidos, sus palabras siempre iguales y ese cansancio en los movimientos que lo exasperaba. Y por último aquel espejo que al rasurarse daba una imagen abotagada, unos ojos fijos que se miraban asustados

en la superficie detestable. Una noche de estas lo quebraría; no podría resistir más ese reflejo que lo hacía parecer un viejo de esos que había encontrado en sus correrías de joven, y que tanta burla le despertaban en aquel tiempo.

Se puso la pijama y abrió la puerta del cuarto. Su mujer, sentada frente al tocador, no terminaba nunca de arreglarse, de ponerse cremas y ungüentos para disimular una edad que ya no podía ocultar. ¿Qué haría con tantos minutos frente al espejo? ¿Es que trataba de descubrir su rostro joven? ¿Tendría la esperanza de que la superficie le devolviera lo que un día había reflejado? Él no tenía tiempo ni interés en descifrar acertijos.

Penetró en las sábanas frías, se volvió hacia la derecha, cerró los ojos y se sintió libre para dejar correr los pensamientos. Los había guardado desde que salió de la oficina. Durante la fiesta quisieron asomar para ser comparados con la belleza de otras jóvenes, pero él no lo permitió. Se entretuvo con ellas, sorprendido por algún gesto que le recordara a Irene, una expresión en los ojos, un color de pelo. Admiraba los gestos infantiles de las manos, su libertad de movimientos, y le contagiaban sus carcajadas estruendosas.

Ahora podía abrirle las puertas a los pensamientos que luchaban por salir, que hacían una presa dolorosa al ser contenidos tantas horas. La figura grácil de Irene se desprendió como esas bailarinas que entran en escena de improviso y dejan a los espectadores en suspenso. Su corazón comenzó a latir al recorrer sus facciones, las líneas de su cuerpo, y sintió aquel calor que lo inundaba siempre al estar a su lado. El amor de Irene había venido a partir su vida en dos mitades diferentes: antes y después de ella. Antes el tedio dibujaba telarañas en su mente, sentía el cuerpo pesado como si los años hubieran desgastado la elasticidad de sus músculos, la ligereza de sus pasos. La pasión por su mujer se había transformado en una especie de costumbre, un encuentro desabrido por las noches, un terminar rápido de una simple sensación. Los días pasaban como una línea horizontal: trabajo, fiestas, licor, sueño... Claro que había tenido pequeñas aventuras

con mujeres, pero todo se desvanecía demasiado aprisa. También estaba la mesa de juego, sin compartir la pasión de sus compañeros. Las manos febriles y la ansiedad en las caras, la sonrisa al decir: gané y, la maldición amarga al perder. Los dados brincaban seguidos por ojos fijos. Ojos que habían perdido el poder de pestañear porque imaginaban que si lo hacían, los dados quedarían inmóviles en ese momento y ellos no serían los primeros en ver el número. Malhumorado regresaba a casa, con la sensación depresiva que sólo frente a un buen negocio se le quitaba.

Después de Irene, todo cambió. Al despertar, una alegría inmensa se detenía en los rayos de sol que abrían líneas de luz en las cortinas; en el agua tibia que mojaba su cuerpo lleno de un vigor nuevo; en ese desordenado latir de su corazón que se sentía joven otra vez. Hasta el café tenía un sabor especial. Ignoraba la compañía de su esposa, sus quejas constantes sobre el servicio y esa necia costumbre de prepararle el pan con mantequilla como si fuera un niño.

Sintió el cuerpo de la mujer al lado suyo, el intento de llamar su atención para iniciar la ceremonia nocturna. Esa ceremonia que hacía días no practicaba y que se le había transformado en algo difícil de cumplir. Casi imposible realizar una sustitución de cuerpos tan diferentes.

Respiró profundamente para que ella creyera que dormía. Su pensamiento volvió a la imagen de Irene.

* * *

El espejo era tan pequeño que casi no reflejaba la cara completa. Irene se empolvó la nariz fina y la frente tersa. Eran los únicos sitios en que el sudor se acumulaba si el trabajo era muy complicado.

El lápiz intensificó el tono de sus labios y un poco de sombra en los párpados le hizo la mirada más honda, más interesante. Pasó el peine por los cabellos

y quedó satisfecha de su brillo. Lástima que el shampoo que le daba ese tono tan negro, fuera tan caro. Tendría que economizarlo.

Al terminar se contempló satisfecha en el espejo. Si se acercaba lo suficiente podía ver el collar de perlas que él le había regalado. “Es del color de tu piel”, y ahora comprendía que tenía razón. Sintió la sensación de triunfo que da la belleza, esa confianza en su poder femenino, esa armonía con la luz del sol que entraba por la ventana. La sensación se transformó en disgusto al ver la humilde habitación que iluminaba: un simple catre de hierro, un armario viejo al que faltaban pedazos, y aquella especie de tocador hecho por su madre con una tabla y los restos de tela de las cortinas. Las compró sin traerle una muestra del material y ella no había podido decirle que los tonos anaranjados y azules eran un poco violentos; el color parecía rechazarla cada vez que entraba al cuarto.

Su madre le había preparado el desayuno.

—¿Y Sergio?

—Duerme todavía. Anoche se desveló; no sé por qué razón. Está muy pálido; creo que debíamos darle un reconstituyente.

Te daré el dinero para que se lo compres. Las horas de oficina son tan incómodas que nada está abierto cuando salgo.

Bien. Aunque la farmacia queda lejos me servirá para asolearlo. Si tuviera tiempo iría todos los días al parque con él.

—Voy a procurar llevarlo los domingos.

—No lo creo. Siempre te quedas en cama hasta medio día y a esas horas comienza a llover.

—Es que al final de la semana estoy tan cansada.

Su madre bajó los ojos sin decir nada y ella sintió un disgusto que le impidió hablar. Tomó un sorbo de café y se atrevió a decirle.

—Creo que volveré tarde, no me esperes levantada.

Un gruñido fue la respuesta.

—¿Crees que si le doy un beso a Sergio se despertará?

—No, duerme profundamente.

En el otro cuarto, además de un catre igual al suyo, estaba la cama del niño. Se acercó de puntillas y lo contempló en silencio. La pijama celeste realzaba la piel blanca. El sueño lo hacía respirar profundamente y el pecho se agitaba con el movimiento. Las pestañas negras y las cejas tupidas le trajeron un recuerdo que no se permitió albergar en su conciencia y lo despidió con la misma frialdad con que se despide a un enemigo. Se acercó a besar al niño.

Su cara era seria, grave y su pensamiento voló hacia su jefe. Estaba tan enamorado que podría hacer de él lo que quisiera. “Lástima que sea tan viejo. Treinta años son mucha diferencia”, se dijo mientras entraba en su cuarto otra vez. Usaría la cartera blanca, la otra la había llevado toda la semana anterior. Tenía sólo dos y a él no se le ocurría regalarle más que flores y joyas. Estuvo pensando en vender un prendedor de amatistas. Podría comprar tantas cosas con el dinero, pero después temió que él lo supiera. “Es cuestión de tiempo” se dijo, después no sabré qué hacer con tanta ropa. Ya no voy a conformarme con mirar las ventanas de los escaparates de las tiendas finas como un perro con hambre. Entraré tranquilamente aunque el corazón me lata con fuerza y con aire de gran señora le diré a la empleada:

“—Quiero medirme el vestido lila de la ventana.

La muchacha correrá a traerlo y el vestido se deslizará por mi cuerpo mientras la voz de la dueña de la tienda me alabará:

—Señora, usted debería modelar nuestros vestidos, jamás he visto un cuerpo más apropiado para un desfile de modas. Quisiera que fuera pobre para que trabajara conmigo.

Yo me morderé los labios para no contestar que una vez busqué ese trabajo y me dijeron que si no traía recomendaciones no me lo podían dar. La mujer continuará:

—Tiene la figura exacta que usan ahora los mejores modistos. La línea larga y esbelta. ¿Quiere que le mostremos el último modelo en trajes de baile? Es una divinidad. Sólo lo enseño a las clientes que pueden usarlo. Usted sabe que la moda exige la mujer delgada.

El vestido caerá sobre mi cuerpo como espuma”.

—Irene, ya es tarde, te va a dejar el camión.

Las palabras de su madre la regresaron al cuarto de paredes desteñidas, a sus carteras pasadas de moda y a aquellos zapatos negros que por dos veces habían cambiado de suela.

Se inclinó para rozar con los labios la frente de su madre y salió a la calle.

* * *

Como las manos le temblaban, el nudo de la corbata quedó un poco torcido. Con impaciencia retiró los ojos del espejo que le devolvía una cara dura, contraída. La tensión de la semana anterior había sido demasiado fuerte y todavía no se había recuperado. “Esteban te buscan del sindicato, Esteban es tarde para la reunión” y el automóvil que ya casi formaba parte de su cuerpo, conduciéndolo de un sitio a otro pues todos se habían acostumbrado a que él tenía que arreglar los problemas, sacarlos de esa modorra acomodaticia en que vegetaban, repetir los mismos argumentos, demostrar igual entusiasmo ante la defensa de ideas que no deberían necesitar defensa. ¿Por qué no podía encontrar personas dedicadas a la causa como él, que sacrificaran todo para alcanzar ese poder que ya casi se estaba haciendo un mito? No entendían que la lucha era casi a muerte. Una lucha contra una sociedad organizada por tantos años, heredada por los hijos casi en forma genética.

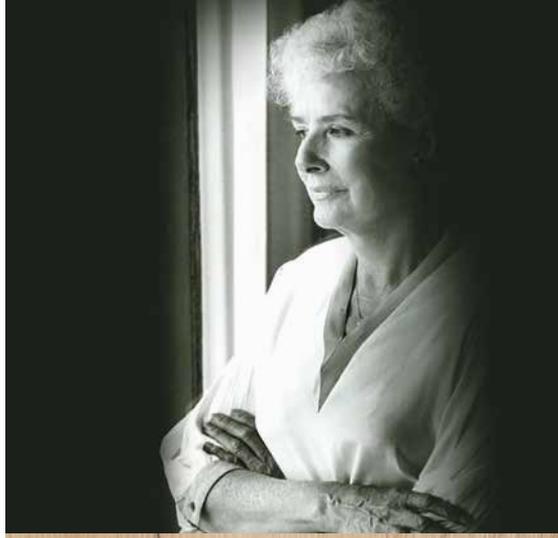
Y hacer conciencia social en esa clase era tan imposible como pretender cambiarles el color de sus ojos. Hacer conciencia en la clase pobre era una labor tan ardua que se necesitaba mucho entusiasmo para no desmayar en la empresa. Él nunca abandonaría semejante lucha porque la fe en sí mismo no se lo permitía. Tenía que triunfar, tenía que alcanzar la meta que se había propuesto y estaba seguro de que lo conseguiría. ¿A qué precio? La imagen de Irene apareció un instante en su mente pero su magnífico mecanismo de represión la hizo desaparecer antes de que se terminara de formar. No podía darse el lujo de complicaciones sentimentales. Una que otra aventura pasajera, el aplacamiento de su exigente sexualidad, y cambios constantes, porque el quedarse en el mismo sitio podría crear lazos que después le costaría romper. Prefería la soledad de un cuarto, la cama vacía que podía llenar ocasionalmente con un cuerpo desconocido, el acto mecánico que a veces lo obligaba a llevar a la mujer de regreso pues no soportaba pasar toda la noche con ella. En el camino siempre le tocaba oír las mismas palabras que lo calificaban de desconsiderado y frío.

Era bueno vivir solo. Sentarse a escribir sin que nadie lo interrumpiera con palabras de que estaba la comida o el café servido, que se acostara porque era demasiado tarde, que le diera la leche al niño si lloraba; que no hubiera quejas de que ganaba demasiado poco porque cuando el partido no tenía dinero, él pagaba el local y su propia secretaria.

No había nacido para ser poseído por una mujer o un hogar, su misión era darse en la variedad, jamás en la unidad que lo podría destruir. Todo lo que necesitaba era conseguir ese poder que se le escondía a veces, produciéndole angustia y en otros minutos se acercaba tanto, que casi podía tocarlo al extender la mano. Con él, estaba seguro de que desaparecería esa nostalgia que a veces lo embargaba y ese deseo irresistible de un poco de descanso, quizás más bien paz.

Una sonrisa transformó su rostro. Era el hombre que todos apreciaban, que podía conseguir un voto con sólo unas palabras persuasivas, con aquel

gesto que iluminaba la cara dándole una expresión franca, imposible de resistir. ¿Qué haría él con la paz? Se había acostumbrado tanto a vivir el minuto, casi el segundo que no soportaría el no hacer nada aunque fuera por unos pocos días. Hacía tiempo no se sumergía en los recuerdos, las emociones. Sería un peligro despertarlas del lugar oscuro donde las había relegado, donde estaban suspensas esperando el momento de vengarse de su abandono. Su sitio era el partido y su deber trabajar hasta el máximo de sus fuerzas para sacarlo adelante. Tarde o temprano tendría su recompensa. Era solamente cuestión de tiempo. Se apresuró a bajar las gradas de la escalera que lo conducían a la calle.



JULIETA PINTO

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

La estación que sigue al verano transcurre en tres días, dentro de un impreciso marco espaciotemporal, que narra la entrecruzada historia: él y ella, por una parte; Esteban e Irene, por otra. Ella está hastiada de su vida repleta de hechos irrelevantes; él, un empresario muy ambicioso, con un brutal ritmo de vida para conservarse joven. Después del verano, ¿qué les pasará?

Novela Premio
Aguileo J. Echeverría 1969


EDITORIAL
UCR


BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

ISBN 978-9968-02-009-1



9 789968 020091

A black and white portrait of an elderly woman with short, curly hair, looking directly at the camera with a neutral expression. The lighting is soft, highlighting her features.

3

COLECCIÓN
100 AÑOS
DE SU
NATALICIO

JULIETA PINTO

Detrás del espejo

The logo for Editorial UCR, featuring three horizontal lines above the text "EDITORIAL UCR".

EDITORIAL
UCR

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

JULIETA
PINTO

Detrás del espejo


EDITORIAL
UCR
2021



CR863.44

P659e Pinto González, Julieta, 1921-

La estación que sigue al verano / Julieta Pinto. – Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.

xxxvii, 135 páginas. – (Colección 100 años de su natalicio ; 2)

ISBN 978-9968-02-009-1

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. 3. PINTO GONZÁLEZ, JULIETA, 1921- – CRÍTICA, INTERPRETACIÓN, ETC. I. Título. II. Serie.

CIP/3721

CC.SIBDI.UCR

En esta edición se respeta la ortografía de la época y el estilo de la autora.

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A., Gabriela Fonseca A. y Jessica López V.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Diseño y diagramación: *Priscila Coto M.*
Fotografía de portada: *Julieta Pinto G.* • Control de calidad: *Raquel Fernández C. y Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2021.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

ix	Prólogo Gabriela Fonseca Argüello Editora, EUCR
xi	Julieta entrañable y cotidiana Emilia Macaya Trejos
xix	Julieta Pinto: en la memoria de una nación José León Sánchez
xxv	Estudio introductorio Julieta como Alicia en <i>Detrás del espejo</i> Carolina Sanabria

1	Detrás del espejo
3	Desafío del tiempo
7	Señales sin regreso
10	Sueño de invierno
13	La voz del río
17	El sortilegio
19	Solo el amor detiene el tiempo
22	Música del silencio
25	Desdémona
28	Kutná Hora
30	Sueño compartido
32	Lluvia
34	Las estrellas también hablan
40	Miradas
43	La fisura
47	La creación
50	El campanario
53	Pasado de magia y sombras
56	La ciudad del horizonte
59	La casa de las hortensias
63	Acerca de la autora

DETRÁS
DEL ESPEJO

Desafío del tiempo

La primera vez que lo vi fue en la sala de exposiciones. Me detuvo la atracción poderosa que ejercían sus ojos, una demencia oculta en algún soñar de mares sin fronteras. No encontré la firma del pintor, quizás estaba en el reverso del cuadro. Debía ser del siglo XVII por la elegancia del ropaje bordado en oro, la chaqueta de terciopelo rojo y la camisa adornada de encajes.

Frente a él quise fijar en mi memoria cada una de sus facciones: barbilla puntiaguda oculta por una barba negra, tan hirsuta que casi sentí su roce doloroso en mi mejilla; fosas nasales aventadas denunciaban su temperamento fogoso; sólo la boca, oculta por el bigote, no permitía adivinar el rictus voluntarioso, complemento de esa cara.

Regresé dos veces más. La atracción ejercida por la pintura aumentaba mi interés cada día. Busqué en libros de arte una fotografía, algo que me indicara su origen, nombre del pintor, conde o duque que había sido el modelo. No pude averiguar nada y el misterio continuó en mis sueños donde la figura aparecía como una sombra antigua, sin referencias conocidas.

Hoy, de pie frente al cuadro, lo contemplo por tercera vez: el fondo de arabescos azul y oro le rinde pleitesía al porte majestuoso de la figura. Una voz masculina habla a mi lado:

—Es la tercera vez que se detiene frente a este cuadro.

Me molesta el tono atrevido. Enmudezco al mirarlo y dudo de mis facultades al encontrar en su cara las mismas facciones que en la pintura. La imaginación me debe estar jugando una mala pasada; había mirado demasiado tiempo el cuadro, soñado con él, y ahora reproduzco cada detalle en esa cara desconocida. Intento alejarme sin decir palabra porque no puedo confiar en mi voz, pero él me toma del brazo y me habla en el tono que yo esperaba de la boca del hombre del cuadro:

—No te puedes ir ahora que te he encontrado.

—¿Encontrado?

—Llevo mucho tiempo, más del que puedes imaginar, esperándote.

—¿Por qué? —digo tan quedo que creí no me oiría.

—Por la misma razón que te has detenido frente a la pintura.

Quiero huir, no escuchar lo que ese hombre demente o en espera de una aventura me dice, pero algo más poderoso que yo me impide hacerlo y lo sigo cuando me invita a que salgamos al parque.

La primavera se siente en el desafío del aire al golpear las copas de los árboles, en el aroma dulce, mezcla de almizcles ancestrales, que se preparan al asalto de la virginidad de los brotes. Nunca he sido inmune a la embriaguez que produce el despertar de la naturaleza, esa fuerza de vida por recuperar su sitio prometido después del invierno, y en ese momento temo a la locura que hace nacer en los humanos.

—¿Recuerdas cómo nos gustaba aspirar el aroma de las primeras lilas?

Río para que la risa oculte la turbación nacida de sus palabras. Todos los días, muy temprano, salgo al jardín para acechar el nacimiento de las lilas y recibir su aroma. Él continúa:

—Nunca he podido verlas sin añorar tu presencia.

No hay duda de que ese perfume siempre ha creado en mí una nostalgia inexplicable y ahora este desconocido viene a turbar el escondrijo de mis secretos.

—Tengo que llegar a mi casa —digo intentando una huida.

—Te acompaño.

La seguridad de sus palabras la corrobora al tomarme del brazo y pasarme al otro lado de la calle.

—Ahora que te he encontrado no te dejaré ir.

Me agrada escucharlo y siento que entre él y el aroma del aire me conducen al límite entre el sueño y la vigilia, donde la realidad desaparece para dar lugar al mundo del ensueño.

Toma mi mano y no intento retirarla. Caminamos sin rumbo a través de calles, edificios y parques hasta llegar al límite de la ciudad. Un bosque de pinos a la derecha nos invita a refugiarnos del sol.

—Es el mismo aroma de pinos que había alrededor de nuestra casa.

—¿Nuestra casa?

—Sé que no recuerdas, aunque quizás exista una vaga nostalgia.

No puedo negarlo. Un bosque de pinos me produce un gran desasosiego.

Él parece adivinar mis pensamientos. —Son reminiscencias de pasados remotos.

Mis nervios se han aquietado como si su presencia llenara los vacíos de mi vida.

Sentados sobre un tronco de pino hablamos de las mil cosas que ofuscan una vida, ocultando los indicios que tratan desesperadamente de indicarnos

otra vía. Me habla del amor y su significado en la soledad de la ausencia, de su prolongación en un tiempo detenido por la fuerza de ese amor. Yo lo escucho como quien escucha la voz propia repetida en otros labios, esa voz que espero siempre encontrar eco sin lograrlo. El deseo de permanecer a su lado se vuelve tan imperioso que me dice con una voz repentinamente opaca:

—Desafiar al destino es colocarse al borde de un abismo.

No sé qué intenta decir, pero siento la angustia estrujando mi corazón.

Su voz continúa:

—Recuerda bien que en otro tiempo, en otros sitios, siempre, nos encontraremos, porque el amor es lo único eterno.

Mis ojos se nublan, no sé si de lágrimas. Quiero hablar, decirle que nos aferremos a este presente, a este instante de pura alegría y la voz no brota. Quiero ampararme en sus brazos, pero la niebla se vuelve más densa y no veo su figura a mi lado. Permanezco inmóvil, arrebujada en la oscuridad del entorno. Cuando al fin se disipa la niebla, sólo encuentro el arrullo de los pinos en el bosque humedecido.

Señales sin regreso

Abro los ojos lentamente como si emergiera de un abismo impalpable, un largo túnel sin aire ni sonido. El dolor ya no existe. El dardo en el pecho que me envió a la náusea y al vértigo ha desaparecido.

Por el rumbo de las estrellas debe ser la madrugada, brillante en esta hora de escalofríos. Y aunque no ha salido el sol, camino hacia la calle en busca de aire fresco.

Sonoridad nocturna, frío en el aire, y soy la niña que vaga en el olor sin nombre de la infancia. La arboleda se despliega en el denso tejido de las ramas que acechan los sonidos de la aurora. Recorro senderos quebrados por la luna entre las hojas, e interrumpo el sueño de una ardilla que me mira asombrada. Cada rincón oculto de mi infancia emerge en un camino solitario. Escojo la senda que conduce al río para dejar atrás el aula y la maestra aborrecida que intentan surgir en mi recuerdo. Huye el agua de cauces conocidos y su estela enjabona piedras, tropieza en troncos, medita en las pozas adormecidas, y lame la orilla hasta desaparecer en un susurro de adioses confundidos. Allí nació mi primera idea sobre la muerte y también la de partir como esas aguas, dejando atrás mis despedidas; pensamiento que marcó mis días y mis noches con ráfagas de tristeza.

Un incierto reflejo en la montaña descubre la neblina e inicia la garúa. Detenida la luz, aparecen ocultos temores de mi niñez crecidos por los años, y siento una urgente necesidad de regresar a la casa.

No hay retorno. No hay camino. Otras sendas intrincadas surgen en esta región tan conocida, como si mis evocaciones se hubieran mezclado en una geografía de manchas indescifrables.

Me derrumbo en la raíz de un árbol aún visible en esa luz difusa. Se acerca el perro de mi infancia y trato de abrazarlo. Se escabulle de mis manos, y su ladrido es el mismo de aquellos paseos de antaño. Quiero llevarlo conmigo. Silbo, aquel silbido largo que enderezaba sus orejas, pero no me obedece. En vez de correr a mi encuentro se aleja y su figura se deshace al penetrar en la maraña de arbustos y de lianas.

Las hojas de los árboles gotean sin humedecerme y crece el ansia de regresar a mi casa. No sé cuál ruta tomar. Todo el paisaje ha cambiado, ramas secas en mi camino, malezas desteñidas y desolación de páramo. A lo lejos el mar gime su deseo de reposo.

De allí nació el miedo a sus mareas, miedo que me persigue y contemplo siempre desde lejos. Hoy cambia su gemido por cadencia, y camino por una playa de gaviotas indiferentes a mis pasos.

¡Hay tanta quietud en esta mañana distinta a todas las mañanas! Descubro caracoles en la arena, una concha idéntica a la que luce en mi escritorio, y el pelícano de ala quebrada que apareció en una tarde de mi niñez, balancea su cuerpo de ave marina. No se detiene a mi lado para escarbar mis dedos con su pico plano, y se aleja en un abrir de alas contra el cielo.

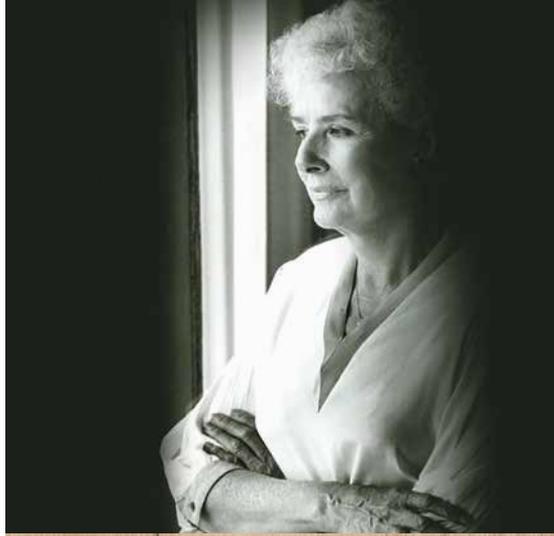
Comienza la mar su huida hacia el centro y descubro señales de tormenta. Temerosa voy hacia una casa frente al mar, la que se colmaba de niños cada verano bajo la protección de la abuela. Cruzo el umbral de telarañas, cuartos vacíos, un piso manchado de humedades y la premonición de una ventana que mira al mar. El fuego encendido en la cocina

ahora está apagado, y el eco bullanguero de las risas sumergido en las paredes. Hay plantas marchitas en macetas resquebrajadas por el tiempo, y el aire agobia los recuerdos.

Mi huida es imperiosa y los presagios agitan la memoria. No encuentro señales de regreso. No hay caminos en este sitio desolado y me acerco de nuevo hacia la playa. A lo lejos, en el reflejo de las olas, camina distraído un pescador con la red al hombro; es el mismo que lanzaba su barca color luna al encuentro de las tormentas y regresaba ufano con los peces en cubierta. Grito su nombre y corro hacia él. Se detiene como si escuchara mi voz, pero sus brazos no se extienden a mi encuentro. Pasa a mi lado y mueve la cabeza pensativo.

Quedo rodeada de pequeños pozos transparentes, reflejan un cielo nublado, pero no mi imagen en sus aguas, ni mi sombra temblorosa junto a ella. Levanto la mano con avidez para ver algo que me pertenezca, y descubro el aire limpio en el espacio que debería ocupar.

Nada. No hay nada. Solo la inmensidad de una playa totalmente vacía...



JULIETA PINTO

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

En *Detrás del espejo* –obra compuesta por 19 relatos–, la audiencia tiene la oportunidad de asistir al mundo onírico y maravilloso que construyen los relatos. Para esto, el espejo es esencial. Implica el acceso a una dimensión desconocida que se abre no solo ante la mujer protagonista y narradora, sino también participan sus lectores de la verdad, el contenido del corazón y la conciencia.

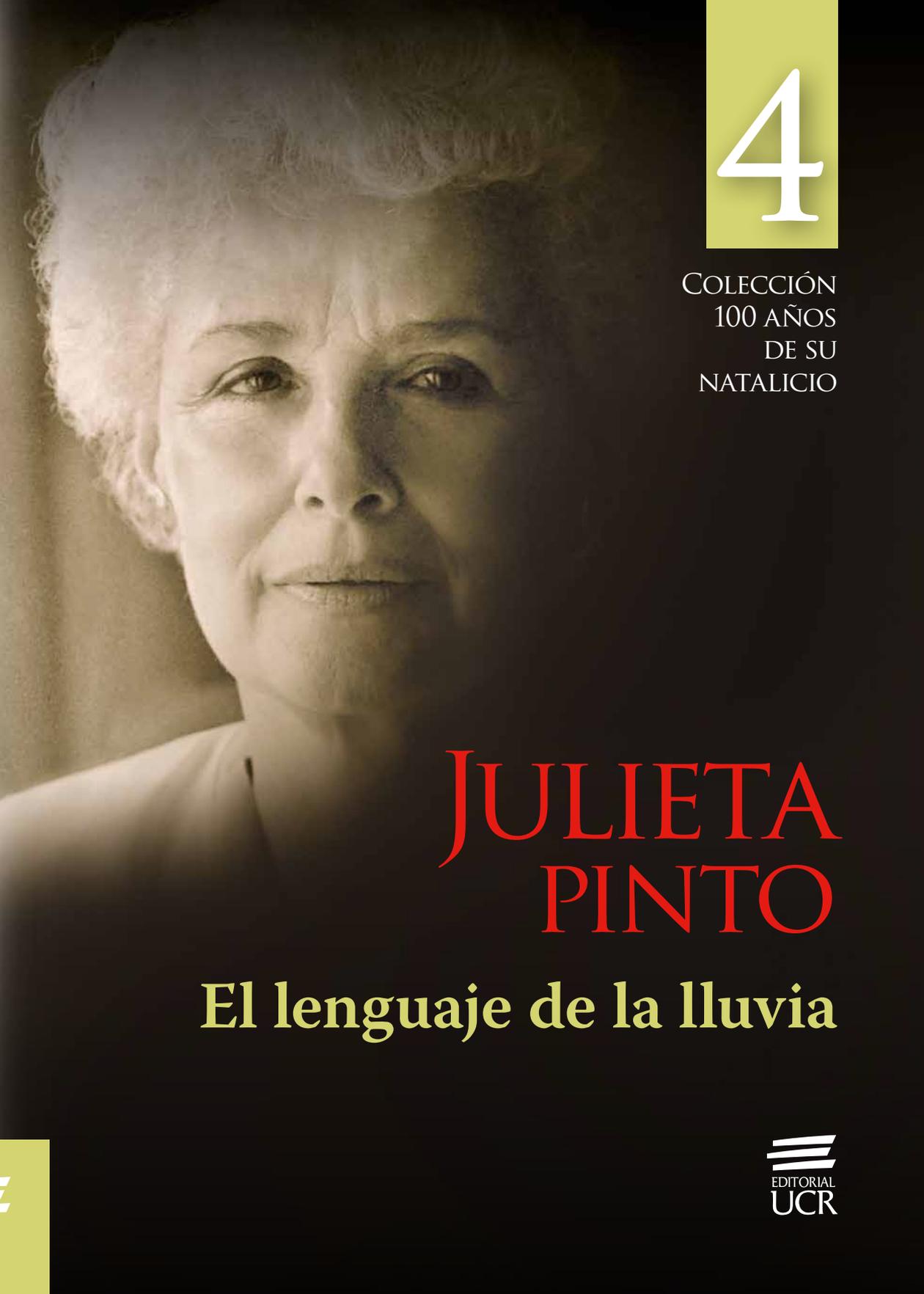

EDITORIAL
UCR


BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

ISBN 978-9968-02-011-4



9 789968 020114

A close-up, black and white portrait of an elderly woman with short, curly hair, looking directly at the camera with a neutral expression. The lighting is soft, highlighting her facial features.

4

COLECCIÓN
100 AÑOS
DE SU
NATALICIO

JULIETA PINTO

El lenguaje de la lluvia

The logo for Editorial UCR, featuring three horizontal lines above the text "EDITORIAL UCR".

EDITORIAL
UCR

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

JULIETA
PINTO

El lenguaje de la lluvia


EDITORIAL
UCR
2021



CR863.44

P659e Pinto González, Julieta, 1921-

La estación que sigue al verano / Julieta Pinto. – Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.

xxxvii, 135 páginas. – (Colección 100 años de su natalicio ; 2)

ISBN 978-9968-02-009-1

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. 3. PINTO GONZÁLEZ, JULIETA, 1921- – CRÍTICA, INTERPRETACIÓN, ETC. I. Título. II. Serie.

CIP/3721

CC.SIBDI.UCR

En esta edición se respeta la ortografía de la época y el estilo de la autora.

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica y revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A., Gabriela Fonseca A. y Jessica López V.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Diseño y diagramación: *Priscila Coto M.*
Fotografía de portada: *Julieta Pinto G.* • Control de calidad: *Raquel Fernández C. y Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: setiembre, 2021.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

CONTENIDO

ix	Prólogo Gabriela Fonseca Argüello Editora, EUCR
xi	Julieta entrañable y cotidiana Emilia Macaya Trejos
xix	Julieta Pinto: en la memoria de una nación José León Sánchez
xxv	Estudio introductorio Julieta Pinto desde el lenguaje de la lluvia Irene González Muñoz
1	El lenguaje de la lluvia
99	Acerca de la autora

EL LENGUAJE
DE LA LLUVIA

Hilos de agua se escurren por las tejas y quebrándose al caer sobre las piedras, despiertan el lenguaje oculto de la lluvia.

Voces lejanas, perdidas en el tiempo, regresan en la bruma de la noche, golpean las paredes y se escuchan palabras desde un fondo de lágrimas: no puedo olvidar a mi hija muerta, no podré querer a esta niña como a ella. El padre le contesta: El tiempo te ayudará, aprenderás a amarla. Y me estrecha en un abrazo que esfuma el miedo.

Una cama de barandas frías, viento que silba a través de las ventanas, y el pánico a la oscuridad crece por encima de las cobijas en un grito de miedo. Una mano varonil se posa sobre mi cabeza y calma el terror y el frío.

El vete a jugar se escucha una vez más, y me alejo con rencor, porque sé que mi madre desea estar sola para recordar a la otra, la que partió lejos, antes de que yo naciera. ¿Lejos? ¿Adónde? Nadie quiso decírmelo.

Inmersa en un mundo de vida silvestre, de criaturas pequeñas, de sombras y de colores, un mundo donde el tiempo parecía envolverme en los ámbitos del sueño, vivo mis cuentos preferidos en las ramas de algún árbol.

Un día, un día aparece un oso de peluche con ojos chispeantes y boca tejida de rojo. Duermo con él, y estrecho su cuerpo sintiéndome protegida por un oso verdadero. Pero una tarde la empleada me conduce de la mano por un camino donde las sombras comienzan a esconderse entre el follaje, pierdo el equilibrio y me golpeo la cabeza contra un árbol.

Al volver en mí no encuentro el oso que traía abrazado. Grito. Lloro. Lo buscan con focos y linternas, recorren el camino una y otra vez, pero nunca lo encuentran...

Hay voces más allá de las distancias, apenas perceptibles: Seguirás el vuelo de las palabras. Las voces continúan su ruta de espejos...

En esta noche infinita en que el tiempo ha hecho una pausa, en la vieja casona de la finca, entre sus anchas paredes y el piso de ladrillo rojo, escucho la lluvia y mi silencio. Se confunden las imágenes de dos pasados diferentes y se mezclan en este presente de añoranza y ausencia. Mis manos inmóviles reposan en la mesa sobre una hoja en blanco. Ignoro si aún conservo ese lenguaje de mi infancia, o si las palabras se fueron con la lluvia, dejando apenas pequeñas charcas de trazos perdidos.

No las escucho, sólo siento sus cicatrices húmedas, olorosas a campo. A veces pienso que aquellas palabras se han confabulado, llenándome de caos e incertidumbre. Desde el fondo de una chimenea, dispersas, agazapadas, saltan unas sobre otras, en un juego interminable de caprichos y de encantos que yo atisbo desde lejos. Respiro entre mi silencio y soledad, percibo sus aromas, sus dudas y penurias, sus alegrías, el arrebató de cada una, como el canto que aún no escucho. Todas brotan de un manantial de espejismos frente a mí. Siento que se acercan, y burlándose de mi empeño, me desafían desde el silencio de un lenguaje que ansiosamente busco...

La lluvia cambia su ritmo, gotas rápidas y livianas picotean la claridad de la mañana.

Tendida sobre el césped el verde me acaricia con sus dedos de hierba. Extiendo la mano para atrapar un insecto, casi lo alcanzo, y dos brazos me levantan a la vez que oigo voces conocidas. “José, Lucía no intenta incorporarse sola”. La respuesta inmediata: “Déjala, le gusta sentir la tierra”.

Los pies en el suelo y el esfuerzo del cuerpo por guardar el equilibrio en un tapiz de hojas, ramas desnudas y troncos erguidos; maraña de tonos oscuros y reflejos de sol. Soy más alta que el perro junto a mis pies, y puedo ver la cara gris del más grande a la misma altura de la mía. Un poco más allá el color violento de las flores esparce pinceladas de rojo, azul, índigo y oro.

La descubro una mañana junto a mis talones. Tiene la forma de mi cuerpo, pero en vez de caminar se arrastra con movimientos inseguros. La figura no habla, simplemente me sigue, imitando mis movimientos. Quizás me hubiera gustado compartir con ella los juguetes, pero la intrusa se sube a los brazos de mi padre cuando me siento en su regazo, y eso no puedo permitirlo. Corro para dejarla atrás y cuando perseguida por su prisa me ovillo en el suelo sudorosa y agitada, la sombra desaparece sin dejar huellas.

Se afirman los pies y el horizonte es más amplio. Puedo correr hasta la acequia y mirar la velocidad de los pececillos, cuando, en movimientos envolventes, devoran las migas de pan lanzadas a la corriente. Comienzo

a descubrir misterios insondables, zumbidos de abejas, panales de miel, hormigas con moño de hojas tiernas. El asombro se vuelve sonrisa ante el salto de una rana hacia el estanque, y aparece el temor al descubrir el rastro de una serpiente.

Algunas veces escapo hacia el macizo del bambú, donde hay voces escondidas en el interior de los tallos, y quedo hipnotizada por su música de flautas y violines. El conjuro se rompe cuando aparecen los perros, husmeando rastros, escarbando cuevas, moviendo la cola al sentir mi mano en el lomo, enseñando los dientes si ven a un intruso, echados a mis pies en el cansancio de la tarde.

Desde los brazos de mi padre veo desaparecer los últimos reflejos de luz en las alas de las golondrinas. “Cuéntame un cuento, papá”.

“Había una vez una niña de cabellos negros que vivía en un sitio encantado”.

Las palabras se alejan, los brazos me protegen en un sueño sin tropiezos...

Esas mismas palabras se agitan en subterráneos secretos, bordean los pasadizos del tiempo, éstos que sí intuyo, pero no alcanzo a descifrar, porque nacen de los sueños en el espacio sublime del asombro y despiertan sensaciones dormidas en la memoria de los siglos; buscan, sin saberlo, las palabras de un lenguaje que venza el abismo del silencio.

Desde esta tierra generosa de la finca, comienzo a recordar la ceremonia de flores tejidas en el altar de una iglesia... Mi vestido de espumas, el velo aún más tenue, rosas blancas en mis manos temblorosas, mi madre y mi tía tan nerviosas como yo, retrasaban los últimos detalles de mi atuendo. Murmullos al subir la nave principal de la iglesia intentaron invadir el sitio sagrado de mi intimidad, pero seguí caminando, sola, orgullosa de no haber permitido que nadie ocupara el sitio de mi padre. Caminé hasta el altar mayor donde tu alegría y tu ansiedad, Felipe, me esperaban. Yo vivía un sueño que había comenzado años antes, cuando tus ojos oscuros,

colmados de ternura, develaron tantos sentimientos, y tus palabras, al confirmarlos, me atraparon en el torbellino del amor. La ceremonia, las palabras del sacerdote junto a mi deseo momentáneo de huida, la sortija en mi dedo, flotan en el aroma de las flores que perfumarán sueños nuevos.

En la puerta de la iglesia besos, lágrimas, perfumes penetrantes en escotes femeninos, colonia en el abrazo de los hombres. “No quiero fiesta”, había dicho, pero llegó la familia, tus amigos, Felipe, y mi madre tenía todo preparado. Una copa de champagne me lanzó más cerca del territorio de la irrealidad, y hablé y bailé en una dimensión que no marcó recuerdos.

Los reencuentro al día siguiente en el corredor de la vieja casona que atesoró mi infancia, en tu risa varonil, Felipe, unida a la mía, en los pasos que se alejan hacia el bosque de bambú, en las palabras del primer amor, en los besos que despiertan sensaciones complejas y difusas, en la nostalgia de un atardecer cuyo sol cierra el espacio íntimo de un recinto de espejos.

La lluvia cae suavemente, casi no se oye. Hay palabras que brotan de los labios y se esconden para siempre.

Pa-pá. Mi voz modula el sonido, lo repite una y otra vez y otra más, hasta que por fin lo uno: Papá. Ya puedo darle nombre, llamarlo con una palabra especial que nadie más puede tener, le pertenece como le pertenecen sus ojos y sus manos. La repito todo el día, letra por letra, en una sola emisión de voz, con entonaciones diferentes, con ese gozo que recorta la palabra papá de todas las demás.

Después, averiguo lentamente los nombres de las cosas, cuando tengo hambre, cuando tengo sed, cuando quiero que me alcen. Es tal la alegría de descubrir palabras, que las nombro frecuentemente para no olvidarlas, para que se graben en su sitio. Por supuesto, el vocablo papá ocupa el lugar central, por aquí los animales y las personas que amo, por allá los enojos y las cosas comunes. Cada vez que encuentro un término nuevo lo guardo en el lado que le corresponde, solamente la palabra Nina pasa a otro lugar si la empleada me regaña, y si quiero llamarla, en la confusión del cambio, olvido el nombre Nina y salta una expresión que pertenece a un grupo diferente, las que todos llaman malas palabras. Trato de ocultarlas, pero aparecen si me enojo o me peleo con alguien, y son tan listas que no las puedo detener, y se ríen si me regañan por su culpa.

Una tarde reposo en el jardín y siento suaves toques en la cabeza, en los brazos y en las piernas; miro hacia lo alto para recibir las gotas que caen del cielo y permanezco inmóvil con la caricia que resbala desde el cuello hasta la espalda. Abro la boca para probar su sabor de aire, de árboles y de frutas y aprendo que esas gotas venidas del cielo se llaman lluvia, y que al caer inventan un lenguaje. Y crece el número de palabras y yo escojo las que halagan, miman, tienen colores de flores y celajes, y las sitúo junto a la palabra papá para que aparezcan de inmediato cuando lo nombro.

Esa lluvia quedó impresa en mi memoria y aún ahora cuando crujen las ramas por el peso de las gotas y golpean mi ventana con el clamor de su impulso, siento que me llaman, que desean derramarse en mi cuerpo para acariciarlo acompasadamente, como aquella tarde de mis tempranos días.

Y cuando quiero escribir estas sensaciones que conozco tan bien, se me escapan las palabras y como plumas de un ave cansada se posan ante un porvenir de preguntas. Ni siquiera dejan trazos de sus huellas en la arena, porque temen sucumbir en los fuegos de chimeneas ficticias, en formas de repetición estéril, en espejismos de belleza. Se defienden en el vuelo, junto a soles sin límite de espacios, en el sabor de horizontes extendidos, en la danza del celaje que se aleja de la sombra. ¿Cómo crear un nombre diferente de todos los conocidos, un nombre que pertenezca únicamente a quien unió elementos dispersos en las hondonadas de los sueños?

Comienzo a formar palabras en busca del lenguaje que vislumbro. Sé que existe, a veces lo siento tan cerca que el corazón late como si tú, Felipe, estuvieras a mi lado. La ansiedad paraliza mi mano, pasa el instante, y desaparece lo imaginado. Y es que quiero nombrarte, Felipe, con un nombre especial; si lo encuentro, quizás encuentre también esas palabras que se esconden cuando intento transferirlas al papel.

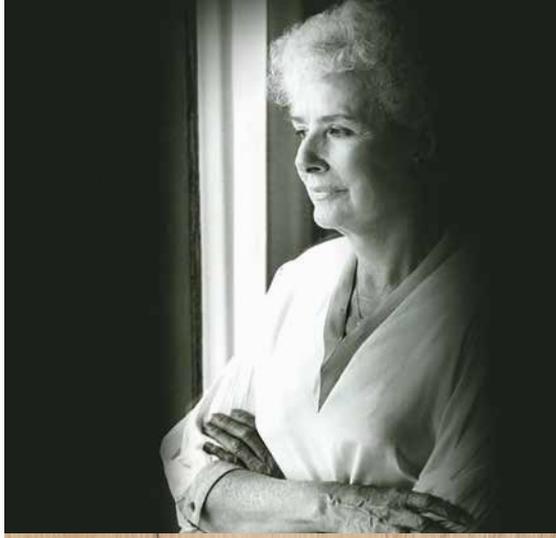
No puedo hallar la palabra exacta, no puedo darte un nombre diferente porque tienes el tuyo, Felipe, desde hace muchos años, tantos que se esconden en un tiempo que ahora me parece imposible que existiera, porque yo aún no te conocía, ni sospechaba tu existencia. ¿Quién era yo en ese tiempo tan lejano? No quiero indagarlo, pueden aparecer mariposas negras oscureciendo el cielo de este instante.

¡Lucía! Corro a tu encuentro, Felipe, con la sensación de que mi nombre, creado por tu voz, es único, como si lo hicieras nacer en este instante y las sílabas se derramaran en el aire, se impregnaran del aroma del bosque y de la sonoridad del río, descendieran hasta mi oído y por el tañido de campanas reconociera tu voz. También al llamarte yo, Felipe, sé que pronuncio un nombre nuevo, un nombre que colma mi vida de esta alegría que me acompaña por todos los caminos, se oculta en las sombras para salirme al paso en un abrazo, y se arrebujá entre las sábanas para enlazarme en las caricias añoradas desde siempre.

ACERCA DE LA AUTORA

Julieta Pinto nació en San José, Costa Rica, el 31 de julio de 1921. Vivió sus primeros años en la finca de su padre, don Enrique Pinto, en San Rafael de Alajuela, una de las haciendas productoras de caña más importantes del país. Estudió en la Escuela República del Perú y en el Colegio Superior de Señoritas. Es licenciada en Filología Española en la Universidad de Costa Rica. Viajó a Francia para obtener un doctorado en Sociología en la Universidad de La Sorbona. Fue directora de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, de la Universidad Nacional. Posteriormente, trabajó con el Patronato Nacional de la Infancia.

Narradora y poeta costarricense, Julieta Pinto es una de las escritoras más importantes de la literatura costarricense del siglo XX. Siempre se preocupó por los grupos sociales más desprotegidos. Obtuvo el premio Aquileo Echeverría en tres ocasiones: *La estación que sigue al verano* (1969), *Los marginados* (1970) y *El despertar de Lázaro* (1995). En 1996 recibió el Premio Nacional de Cultura Magón. De 1992 a 2012 ocupó la silla N de la Academia Costarricense de la Lengua. Su producción literaria está compuesta por veinte obras de diferentes géneros: cuento, poesía y novela.



JULIETA PINTO

COLECCIÓN 100 AÑOS DE SU NATALICIO

El lenguaje de la lluvia se enfoca en el ensimismamiento de Lucía, quien relata los recuerdos de su infancia en la hacienda familiar, espacio paradisíaco sujeto a la naturaleza y la figura paterna. Simultáneamente con los recuerdos de la infancia, rememora y narra también su atracción por Felipe, su primer amor, y las vicisitudes de su relación con él.


EDITORIAL
UCR


BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

ISBN 978-9968-02-010-7



9 789968 020107

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL